sansculotismo, la satisfaccion de poder presentarse en las fiestas de la libertad con calzones de piel de aristócratas. Leyendo las proesas de los inquisidores del año de 93, se podria pensar que ellos agotaron todo lo que habia de fanatismo bárbaro en la divisa de la escuela de Voltaire. «¡Destrozad al infame! ¡Tomad las tripas del último sacerdote, para ahorcar al último de los reyes!» Sin embargo, los profetas del socialismo nos dicen, que los tigres de aquella época pecaron por exceso de moderacion, y que el régimen democrático social no será tan compasivo: se les puede creer. Siendo el socialismo ateo la última palabra de todos los errores religiosos, sociales y filosóficos, su resultado final será la exterminacion de nuestra especie.

Baste, amigos mios, sobre tan triste materia. Yo acabo con esta reflexion. Si la Iglesia católica para defender la sola religion que queda en pié, hubiera empleado la milésima parte de las atrocidades, que han cometido y hecho cometer el cisma, la heregía y la filosofía pancista, para establecer religiones que equivalen y terminan en el ateismo y la mas espantosa anarquía, ningun católico se atreveria á hablar de tolerancia y de libertad religiosa. Ruego á Mr. el instructor tenga prevenidas las objeciones que faltan para el primer entretenimiento que siga.

ENTRETENIMIENTO VEINTE Y OCHO.

Respuesta á las últimas objeciones contra la Iglesia y el Sacerdocio.

El Instructor.—Encargado de indicaros, mi señor, las objeciones y prevenciones que todavia subsistieran en una parte de vuestro auditorio contra la creencia católica, he tenido la dichosa conviccion de que mi empresa, que hubiera sido grande hace pocos dias, se reduce hoy á muy poca cosa. El punto de vista á un mismo tiempo vasto, profundo, sencillo y luminoso, bajo el que nos habeis hecho ver á la religion católica, tiene vivamente interesados á todos los espíritus, y ha causado una conmocion general. Los que dudan todavia, comprenden ya por lo menos que sus dudas vienen de falta de luces. La resolucion de instruirse y de ser mas constantes y mas atentos á la palabra del pastor será el fruto primero de vuestros entretenimientos, y el desaparecer de sus dudas resultará naturalmente de sus progresos en la instruccion religiosa. Dejando á un lado una multitud de objeciones particulares, cuyo detall seria fastidioso, y que la luz de la instruccion disipará muy pronto; las principales se reducen á tres puntos: Primero, el rigor del dogma y de la moral católica: Segundo, inferioridad bajo muchos respectos de las poblaciones católicas: Tercero, relajacion y escándalos del clero.

Primero: El reproche de dureza en el dogma, casi esclusivámente viene á recaer sobre el artículo de la eterni-

dad de las penas. Lo que habeis dicho al fin del «Des-«pertador del pueblo,» ha disminuido mucho este prejuicio, se ha disipado la idea alarmante de un Dios atormentando él mismo eternamente á sus creaturas para vengar su justicia; pero todavia cuesta trabajo conciliar con la bondad divina la idea de unas pobres creaturas eternamente víctimas de sus locuras pasageras. En cuanto á la moral, no ignorais, mi señor, que de los diez mandamientos de Dios, el sexto es el mas fuerte. Con facilidad se conviene en que en esta materia hay excesos que prohibir, especialmente el adulterio; pero muchos creen que se lleva muy lejos la prohibicion y dicen: Si esto es asi, ¿quién podrá salvarse? Se les responde: recurrid á los remedios que son la oracion, la mortificacion, la confesion, la comunion; pero los remedios espantan mucho mas que el mal.

¡La confesion! ¡Cuantas objeciones no ha suscitado! Es verdad que estas objeciones no inspiran grande confianza, cien veces se ha visto al cura contestarlas victoriosamente; pero siempre queda el fundamento, que es una estremada repugnancia. Es preciso no hablar mas de mortificacion, de ayuno, de abstinencia: esto no es ya para nuestra edad. Es verdad que la Iglesia continúa mandando estas cosas; pero la transgresion de los mandamientos de la Iglesia ha venido á ser tan general, que para muchos es ya un derecho adquirido.

Segundo: Los pancistas protestantes y católicos han ponderado tanto los venturosos frutos de las revoluciones del siglo XVI, y los inmensos progresos que nosotros les debemos en las ciencias, en la filosofia, en la política, en

el comercio, en la industria, en las artes; que hombres de capacidad se imaginan que nuestras poblaciones son inferiores á las poblaciones protestantes bajo el respecto de bienestar material, y aun bajo el de cultura intelectual y moral. Se observa esto principalmente en los que viajan, muy espuestos á verlo todo hermoso por que nada ven en el fondo y en realidad. Ya habeis levantado en gran parte el velo que cubre las llagas de los Estados protestantes los mas alabados y ponderados. Es de desear que completeis este trabajo, y que confundais á los infatigables calumniadores del catolicismo diciendoles: «Vosotros que os complaceis en hacer gran-«des las manchas y las pulgas que hay en nuestro vesti-«do, salid del fango en que estais sumidos hasta la cin-«tura, y quitaos los reptiles que devoran vuestros flancos!

Tercero: El pueblo está muy habituado á juzgar de la religion por la conducta de los que la predican, y á juzgar de la conducta del sacerdocio por la mediocridad de las luces y virtudes de un cierto número de sacerdotes, y por los escándalos de algunos de ellos. Nada estraño es que entre cuarenta mil individuos, á cuya dedicacion debe el pais todo lo que le queda de fé y de virtudes cristianas, es decir de vida civilizada, haya uno ó dos mil que, olvidandose de lo que debian ser, se hacen despreciables por su pereza, por su lujo, por su vida mundana: sin embargo, no se hace caso de lo que son los demas, y solo lo hacemos de estos pocos. Se fija la atencion en los que no son virtuosos, y que en lugar de serlo caen en los vicios, en los crimenes, y vienen á ser como Judas, demonios. Los pancistas gritan: He aquí á los sacerdo-

tes. Este juicio no deja de impresionar á los que no comprenden la soberana injusticia de estas declamaciones.

Tales son, mi señor, los últimos suspiros de la incredulidad espirante entre vuestros oyentes. Dándole por favor á este monstruo el último golpe, hareis un inmenso servicio á los espíritus que ella todavía tiraniza; porque, ¿cual es el incrédulo que conociendo un poco la religion no haya dicho mil veces en su corazon: ¡Qué dichoso seria yo si pudiera creer y practicar?

Platon Polichinelle.—Nada es mas constante que el hecho de que hablais. Todo incrédulo tiene mas ó menos la conciencia de esta verdad: «La incredulidad es «un mal, la fé es un bien.» Nosotros tenemos sobre esta materia las confesiones públicas de los mas famosos corifeos de la irreligion. Esta conciencia, es verdad, no basta para creer; pero es una invitacion del cielo para tomar el camino de la fe: la reflexion, el estudio, la oracion, si se resiste á esta intimacion divina, el hombre se viene á hacer culpable, se encuentra condenado por el juicio de su propia conciencia, como dice San Pablo. (1)

En materia de incredulidad, como en los otros vicios, hay dos suertes de culpables: el incrédulo pasivo ó simplemento incrédulo, y el incrédulo activo ó predicador de la incredulidad.

El primero, limitándose á dejar de creer, ó mas bien á no practicar, no vé con malos ojos á los que creen y practican: él se está á la defensiva, y no hace del incrédulo sino cuando se le ataca: él es un indiferente, cuya enfermedad está menos en el estravío del espíritu, que en la debilidad del corazon y en los fantasmas de la imaginacion. Se gana fácilmente á esta alma, si en lugar de irritarla por instancias y discusiones muy vivas, se usa de paciencia y se procura disipar dulcemente sus prejuicios y sus repugnancias, por una exposicion del lado mas atractivo de la religion.

(1) Epístola á Tito cap. 3. vers. 11.

El predicador de irreligion es corregible mientras no predica mas que por vanidad ó necedad; pero el grande maestro de la irreligion le pone luego en el corazon este pensamiento satánico. La fé con sus promesas y sus amenazas, sus virtudes y sus beneficios, me hace mucho mal para que yo no trabaje en su exterminio. ¿Preciso es desesperar de este hombre? No; pero ved aquí lo que yo digo: cada alma que él arranca á la vida de la fé, es un golpe de puñal que dá al corazon de Aquel que ha muerto por el rescate de todas las almas, estando medido el número de estos golpes, llega el momento en que el Salvador de las almas dice: ¡Basta! Satanas al instante se echa sobre el matador, y ni diez millares de ángeles y de arcángeles que se pongan de por medio, podrán arrancarle su eterna y muy legítima presa. Remitiendo para nuestro último entretenimiento lo que tengo que decir sobre la eternidad desgraciada, paso al segundo punto de la primera obgecion, que es la severidad de la moral católica.

¿No veis, amigos mios, que la objecion se vuelve contra el que la hace, con toda la energía de una demostracion? La moral católica prescribe todas las virtudes, no perdona ningun vicio: ¿qué se sigue de esto? Que es Dios quien

la ha enseñado; porque hemos visto que las religiones de invencion humana, no han sido mas que cobardes transacciones con las malas pasiones, cuando no ha sido su adoracion completa como en el paganismo.

Regla general: una cosa no vale sino en proporcion de lo que cuesta. ¿Qué seria una religion, que no os demandara ningun sacrificio ni para vuestra instruccion, ni para vuestra conducta moral? Seria una religion que os abandonaría á todos los estravíos de vuestra ignorancia y de la ignorancia de otro, al despotismo absoluto de todos los vicios de los hombres entre quienes vivierais. Es esto lo que sucederia infaliblemente. ¿Envidiariais vosotros la suerte de los esclavos del paganismo, caidos tan abajo como lo hemos visto, únicamente por la falta de las luces y de las virtudes cristianas?

Es evidente que nosotros nacemos con una naturaleza muy enferma, y que no puede ser curada sino con un tratamiento muy vigoroso. Nacemos en una profunda ignorancia de nuestro destino, buscad otro medio de disipar esta ignorancia que no sea la enseñanza religiosa, y no lo encontrareis. Donde quiera que la religion no enseña esta primera verdad, no hay mas que tinieblas, incertidumbre completa y locas supersticiones. Nosotros nacemos con el gérmen de todos los vicios, y vosotros sabeis que dejando á este gérmen funesto desarrollarse sin reprimirlo, no hareis de vuestros hijos mas que pillos y desgraciados, que serian ellos mismos sus propios verdugos, la desolacion de su familia y de la sociedad. ¿Cómo impedir esto? No hay otro medio que el que os indica la religion, educar vuestros hijos en el temor de Dios y en el amor de su ley.

Se lamenta la excesiva severidad del sexto mandamiento, de esta ley que prohibe bajo pena de muerte espiritual, hasta el pensamiento voluntario del mal; pero basta una consideracion bien sencilla para hacer ver que esta queja no tiene sentido comun. ¿No es verdad que tolerando el pensamiento, viene el deseo, que venido este y acogido, á poco el acto es casi inevitable; que multiplicándose el acto, forma un hábito que pretende trasformarse en necesidad, que esta degradante costumbre hace de una alma creada, á la imágen de Dios, un yo no sé qué, esclusivamente aplicado á destruir á la larga las almas y los cuerpos, por el placer de arruinar y podrir su propio cuerpo? Siendo esto así, ¿podria Dios dispensarse de decir á sus ministros: «Advertid bien á las almas que se «os ha confiado, que reusando combatir los malos pensa«mientos y los malos deseos, ellas me dan una eterna «despedida?» (1)

¡La lujuria! ¿Pero no es este el mal mas grande entre todos los males de la sociedad? ¿No es el creador del diluvio, esterminador de las ciudades nefandas, el que ha engendrado todas las abominaciones del paganismo, todas las invenciones degradantes y sanguinarias del despotismo asiático, musulman y africano? ¡La lujuria! ¿No es ella con el orgullo, el inspirador comun de todos los errores religiosos, filosóficos, sociales, terminando con esta abomi-

(1) El libro de la sabiduría. Capítulo 1.° vesículo 3.

nable divisa: «Abajo todo lo que se opone á la particion, ó «á la comunidad de bienes y de mugeres?»

¿La Iglesia católica seria la Iglesia fundada por el Salvador del mundo, si no poseyera el remedio para la mas terrible de nuestras enfermedades? Este remedio, Mr. el instructor ha dicho muy bien, es la purificacion del alma por el arrepentimiento y la confesion; es la regeneracion del alma y del cuerpo por la divina comunion; es la preponderancia de la vida moral sobre la vida orgánica, obtenida por la observancia de las leyes de la mortificacion cristiana.

La confesion, ¡cosa formidable! si, amigos mios, tan espantosa como lo son los muertos aparecidos, para aquellos que no los han visto jamas á quema ropa. ¿Quereis sobreponeros á este temor medianamente ridículo, visto el número de los que se confiesan y no se mueren? Haced como se hace con los muertos aparecidos, id derecho al fantasma, y no solo sereis curados del miedo, sino que sentireis que la confesion es para el alma que mas la repugna, la fuente de los mas inefables consuelos: este es el testimonio de millones de grandes culpables. No citaré mas que dos, escogidos el uno en lo mas alto, y el otro en el último grado de la escala social.

Napoleon, despues de haber abierto su conciencia al ministro de la reconciliacion, decia, pocos dias antes de su muerte al general de Montholon: «General, yo soy di«choso, yo he cumplido todos mis deberes, yo os deseo «en vuestra muerte la misma dicha: yo tenia necesidad «de esto, vos lo veis: yo soy italiano, hijo de la clase del «corzo, el sonido de las campanas me conmueve, la vista

«de un sacerdote me causa gusto; yo querria hacer un «misterio de todo esto; pero no conviene: yo debo, yo «quiero dar gloria á Dios.» (1)

Ved ahora lo que escribia hace algunos meses el parricida Godart (en 8 de Abril de 1850) condenado á muerte por los jueces de la tierra, pero absuelto por el ministro del cielo. «Aun bajo la impresion del deber mas sagra«do que el cristiano puede cumplir, deber que yo habia «descuidado mucho tiempo, y cuyo olvido me ha sido tan «funesto, me apresuro á contestar vuestra carta que «me ha hecho tanto bien.

«No se puede saber de que peso se descarga uno, cuan«do ha abierto su corazon al ministro de Dios: no se pue«de comprender con que bondad él penetra por sus pala«bras paternales en el corazon del culpable. Despues de «Dios, ¿cuál es el amigo mas sincero y mas afectuoso que «el sacerdote? Desgraciadamente los avisos de este ami«go tan sincero y tan tierno no se escuchan, ó si se les «escucha, es muy frecuente el rechazarlos en segui«da, y seguir el torrente de estas pasiones que nos con«ducen al borde del precipicio, donde, pobre ciego como «estabais, acabasteis por caer.»

Si, amigos mios, la confesion no espanta mas que á los miedosos que la miran de lejos. Es lo mismo respecto de las obras de la mortificacion cristiana, especialmente las prescritas por los mandamientos de la Iglesia. Yo he probado muchas veces esta thesis: «El arte por es-

(1) Biografía universal de Mr. Michaut, Artículo Napoleon.

«celencia de sufrir aqui abajo menos en el alma y en el «cuerpo, y de vivir mejor y mas comodamente, es la ob«servancia exacta de las leyes de Dios y de la Iglesia.» Yo me propongo daros todavia algun dia esta demostracion.

En cuanto á los que os dicen que las leyes de la Iglesia, relativas al ayuno y la abstinencia, no son ya de la época del siglo XIX, tenedlos por verdaderos ignorantes, tanto del espírítu cristiano como de nuestras enfermedades sociales. La primera y la última palabra del evangelio, es de reprimir los deseos de la carne, y establecer el reino de Dios en el alma, y el reino de la alma sobre los sentidos. ¿Cuál es la grande enfermedad del siglo, la que amenaza precipitarnos de un instante á otro en las últimas convulsiones de la muerte? Es el sensualismo, la adoracion de los deleites y de todo lo que los proporciona. La Iglesia pues tiene derecho mas que nunca, de decir á los individuos y á las naciones: «Si no haceis penitencia, todos «perecereis.» (1.) Y cuando la Iglesia habla y manda, debeis saber, amigos mios, que habla y manda Aquel que dijo: «Si alguno no escucha á la Iglesia, sea tenido como «un pagano y un publicano..... Todo lo que atáreis so«bre la tierra, será atado en el cielo..... El que os des«precia me desprecia á mi.» Decir, como hacen tantos ignorantes, que hay obligacion de guardar los mandamientos de Dios bajo la pena de reprobacion eterna, pero no los de la Iglesia; es darse á conocer no solo malos cristianos, sino verdaderos protestantes. La ignorancia mas ó me-

(1) San Lúcas. capítulo 13 vers. 5.

nos involuntaria en que permanece el hereje en materias de Iglesia, podrá servirle de escusa delante de Dios; pero ¿qué podrá alegar en su favor el que, nacido en el seno de la luz, ha vivido en el menosprecio de la luz? El número de los transgresores de las leyes eclesiásticas, aun cuando fuera diez veces mayor, no podrá prevalecer contra esta máxima tan antigua como el Catolicismo: «No «se tiene á Dios por Padre, sino aceptando á la Iglesia «por Madre.» En este punto como en otros, el yugo católico no parece pesado sino á los que lo rechazan, ó lo arrastran: él dá alas al que lo lleva resueltamente.

En fin, no perdámos de vista la verdad capital del cristiano. ¿Para qué estamos nosotros algunos dias sobre la tierra? Para la prueba, para el sacrificio, para el combate, para alcanzar el reino en cuya comparacion son nada todos los reinos de la tierra. El cielo que Jesucristo promete á nuestra observancia de todos sus preceptos; el cielo, este eterno Occeano de todo lo que hace latir nuestro corazon, gloria, grandeza, poder, delicias, es tan poca cosa que nos debamos quejar del precio que Dios le pone? A este proposito me viene á la memoria una corta anecdota.

En su famosa campaña del Norte, durante el invierno de 1806 y 1807, Napoleon confió al mariscal y senador Lafebvere el mando del sitio de la plaza estremadamente fuerte de Dantzick. Una tal empresa no le caia bien á un general de caballería tan ignorante como bravo. Él se queja amargamente al emperador: éste le responde: Pero mi viejo ¿por qué quejaros de lo que os cubriria de gloria? Yo he tomado todas mis medidas para